



*Metáforas al aire,*  
núm. 4, enero-junio, 2020.  
pp. 188-190  
ISSN: 2594-2700

## El tiempo de la muerte

Isabella Estrada Cerón\*

Afuera cae la tarde. Los últimos rayos se extienden como tentáculos sobre el agua en un último y desgarrador intento de poblarlo todo. Pero las leyes siguen su curso y después de unos minutos la oscuridad se incrusta como una astilla en el alma. Eso lo sabía Viola mientras observaba cómo el mundo era tragado por la boca de grandes cuervos, transmutándose luego en múltiples ojos titilantes que quedaban suspendidos en la atmósfera húmeda y pesada.

No dormía segundo alguno, sus noches se convirtieron en una cita con el silencio. Ahí, sentada en su silla de mecer, escuchaba el diálogo eterno entre las olas agresivas, comprendiendo ese golpeteo, ese golpeteo gris contra las rocas, contra el mundo mismo, como un llamado. La boca le sabía a sal y su piel empezaba a cuartearse como la sábana inerte de un desierto.

La fugacidad de sus mañanas era atravesada por las luces centelleantes de su espejo. Había desarrollado cierto placer al contemplarse en él, aunque hacerlo también implicaba la autoflagelación. Al mirarse, Viola veía dos reflejos que retribuían su mirada de manera acusatoria. Al principio, la transformación subcutánea era el producto de su ferviente anhelo de permanencia en un pasado que había quedado bailando solo, junto a la chimenea de una casa que nadie habitaba.

Luego, la nostalgia fue como una raíz de ceiba milenaria que se plantó dentro de su cuerpo, extendiéndose, germinando, no como una flor, sino como la materialización de sus recuerdos en dos entes que siempre la miraban. Uno correspondía a la mitad de un rostro diferente al suyo; el otro era una sombra. Gradualmente fueron apareciendo hasta que no quedó ningún vestigio de su propio rostro.

Los habitantes de la casa se desprendieron de la certeza existencial de Viola, para ellos ya no era un ser de carne

\* **Estudiante de Licenciatura en  
Literatura, Universidad de Valle,  
Cali, Colombia.**

y hueso, sino un espectro. Si escuchaban pasos y sonidos a altas horas de la noche, despertaban exaltados, para recordar luego que sí es el espectro que se ha perdido, así que se acomodaban en sus camas anchas y continuaban en su profundo sueño. Ya no había conmoción por la ausencia de Viola en los quehaceres de la casa o por la infaltable sonrisa, a pesar de saber en la hondura de sus almas que ella estaba ahí, confinada por un dolor punzante que le recorría las venas. Los días pasaban y la cruda indiferencia les impidió escuchar el diálogo de Viola, que se abría como un sortilegio, suave, lento frente al espejo.

—¿Es el tiempo de la muerte? —preguntó Viola a sus dos reflejos.

— Es el tiempo —dijo la sombra.

—Y del olvido también —añadió el otro rostro.

El velo entre los dos mundos había empezado a resquebrajarse y cada *tic tac* reproducía aquel llamado salino. Sus pasos dibujaron la casa como un ritual de despedida, no de sus vecinos, sino con los restos de sí misma. Estos se iban desprendiendo de sus piernas, de su rostro, quedando en la arena como una mancha sanguinolenta. La liviandad que poco a poco iba sintiendo, despejaba la urdimbre oscura de sus recuerdos y el pasado era una llama viviente que la envolvía.

En el horizonte varias formas traslucidas tomaban movimiento. Al principio, tanta difusión fue irreconocible, pero al avanzar pudo comprender que aquellas formas correspondían a fotogramas de su vida. Olores, ojos, manos, brazos, la fricción de dos cuerpos hasta quemarse, finalmente, un puñal maquinado de palabras desollando el cuerpo del otro. Viola no pudo contener las arcadas, sintió que todo dentro de sí se removía. El vómito le teñía su garganta de un sabor amargo, mientras caía en la arena.

—Viola, es el tiempo de la muerte —dijo una voz que emergía como un mandato de su propio cuerpo.

—Ya estoy muerta —decía ella—. Si esto no es lanzarse al acantilado, ¿qué es? Me duele la piel que se ha desprendido, las heridas lacerantes, el vacío del pecho.

—Es el tiempo, es la hora, es el llamado, es el segundo, es la muerte como la única reconciliación con la vida. Pronunciaron en coro, la sombra y el olvido.

Al sentir que las fuerzas volvieron al despojo de su cuerpo, miró con profunda concentración aquellos fotogramas móviles de su vida. Vio, entonces, la escena final. El brillo de una hoja metálica que se alzaba imperiosa por

los aires; vio también una mano y una acción que no era la suya. Ella, en un estado fuera de sí, recibiendo como un muñeco las puntadas envueltas en palabras de frío afecto: —Putas de mi alma, puta mía, putas de nadie más.

El recuerdo fue preciso, no había sido ella quien atentó contra su mismo universo, el engranaje, la artimaña revelada la devastó. Fue entonces cuando el llamado salino se hizo más fuerte, sonidos ensordecedores nublaron el horizonte; el agua, torbellino centelleante emergió sobre ella y como un monstruo de tres cabezas fue devorada. En la conversión de su cuerpo en hilos de mar, se revelaron ante sí, los dos rostros. La sombra dejó de serlo. Se convirtió en el rostro de su atacante. Su esposo.

El olvido, era ella misma. La negación de su realidad. En el proceso de dilución, Viola pronunció para sí misma “Es el tiempo de la muerte”, mientras toda la esencia mítica de ese mundo desaparecía junto con ella, para renacer allá, en ese otro, en donde un pitido rojo alertaba a la enfermera de turno que algo inusual pasaba en la sala A. Hubo un alboroto mortal, médicos y enfermeras se dirigieron presurosos. Cuando entraron en la habitación vieron unas pupilas anchas y oscuras mirándolos fijamente. —Es el tiempo de la vida— pronunció. Viola había despertado.